

**«REGNUM DESTRUCTUM ET FINITUM EST SUEVORUM»
LA CAMPAÑA GÓTICA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA DEL AÑO
456/457**

Salvador I. Mariezkurrena

El dieciséis de marzo del año 455 moría asesinado el emperador Valentiniano III. Con él se extinguía la dinastía de Teodosio, que dominó los destinos de Roma durante más de cincuenta años. También desaparecieron con Valentiniano muchos de los vínculos que unían a las aristocracias provinciales hispanas con los intereses generales del Imperio. La muerte de Valentiniano III, apenas seis meses después de la desaparición de Aecio –cuyo asesinato instigó el propio emperador– abrió un periodo de la historia romana extraordinariamente convulso, ofreciendo a los numerosos pueblos bárbaros que habitaban dentro de las fronteras del Imperio la posibilidad de desligarse significativamente de la tutela romana.

Petronio Máximo sucedió inmediatamente en la púrpura al desaparecido Valentiniano. El rico senador romano, dos veces prefecto de Roma y dos veces cónsul, hizo valer sin dificultad los méritos que su oro le concedía para aspirar al trono imperial. El diecisiete de marzo de 455, apenas un día después de la muerte del último miembro de la casa de Teodosio el Grande, fue proclamado emperador de Roma. Tal rapidez en beneficiarse de la desaparición de Valentiniano III ha hecho que las sospechas sobre la instigación del crimen que acabó con la vida del emperador hayan recaído en Petronio Máximo, prologándose la duda más allá de la muerte de Valentiniano, alcanzan-

do incluso la responsabilidad de Máximo a la desaparición de Aecio¹. Si estas sospechas responden a la realidad, Petronio Máximo habría planificado su elevación a la púrpura durante al menos seis meses. Sin embargo, su reinado fue mucho más corto. Apenas once semanas separan su exitosa proclamación de su violenta muerte por la multitud cuando intentaba huir de Roma, aterrorizado por la amenaza que se cernía sobre la ciudad, personificada en los vándalos de Genserico². Pocos días entre el 17 de marzo y el 31 de mayo, apenas tiempo para recordar un reinado. No obstante, Petronio Máximo tuvo la posibilidad de designar al que sería su sucesor, aunque el reciente emperador de Roma no lo sintiese así. El nombramiento del senador galo Eparquio Avito como *magister militum per Gallias* fue quizás una de las pocas acciones remarcables del cortísimo reinado de Petronio Máximo³.

La anarquía que se apoderó del Imperio tras la muerte de Petronio Máximo y de la devastación producida por los vándalos de Genserico, permitió a Avito optar con éxito a la corona imperial. El *magister militum per Gallias* se convirtió en el nuevo emperador romano, apoyado por el ejército y la aristocracia gálica y, obviamente, por el rey visigodo Teodorico II. El monarca godo hallaba una excelente oportunidad de convertirse en árbitro del Imperio, encontrando en la figura de un emperador que le debiese el trono una fuente de innumerables ventajas. Teodorico se situaba en una situación parecida a la que cincuenta años antes vivió Alarico, quien intentó situar al frente del Imperio al dócil Atalo, de quien podía esperar un asentamiento exitoso⁴.

La carga gestual que acompañó a la proclamación de Avito como emperador revela claramente la dependencia de sus posibilidades del apoyo que pudiese ofrecerle el monarca visigodo. El canto que Sidonio Apolinar, yerno

¹ Hid., *Chron.*, 162, utilizamos la edición de Tranoy de la crónica de Hidacio, A. Tranoy (ed.), *Hydace. Chronique*, París 1974. Sobre la usurpación de Petronio Máximo, que acabó con la vida de Valentiniano III, puede consultarse A.H.M. Jones, *The Later Roman Empire. 284-602*, 1, Oxford 1986, 240; E. Stein, *Histoire du Bas Empire, 1. De l'État romaine à l'État byzantine (284-476)*, Brujas 1959, 349-350; E. Demougeot, *La formation de l'Europe et les invasions barbares. 2. De l'avènement de Dioclétien au début du VI^e siècle*, París 1979, 563; A.M^a Jiménez Garnica, *Orígenes del reino visigodo de Tolosa*, Valladolid 1983, 112-113

² Hid., *Chron.*, 162; *Chron. Gall.*, 623

³ A.H.M. Jones, *The Later Roman Empire. 284-602*, 1, 240

⁴ M^ªR. Valverde Castro, *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda: un proceso de cambio*, Salamanca 2000, 52-53

de Avito, hace de su suegro, presenta a este entrando triunfalmente en Tolosa, acompañado por el monarca godo Teodorico y por su hermano Federico, renovando simbólicamente el *foedus* que unía los destinos de godos e imperiales y mostrando claramente la comunión de intereses de ambos⁵. En la práctica dicho acto suponía la proclamación imperial del *magister militum* Avito y como tal fue percibida en la época. Hidacio nos recordará la primacía de la proclamación de Tolosa sobre la de Arlés, aunque hace recaer lógicamente la proclamación del cabeza de Roma en el ejército y en la aristocracia de la Galia⁶.

Pero no solamente Teodorico entendió que la coyuntura que vivía el Imperio se mostraba propicia a sus intereses, sino que también otros monarcas bárbaros buscaron en esta situación la forma de agrandar sus ventajas. Entre estos reyes se encontraba el monarca de los suevos Requiario. Por el testimonio que nos ha legado Hidacio, sabemos que desde el año 440 los suevos habían llevado una política agresiva, encaminada a extender su área de influencia, bien mediante saqueos, bien controlando efectivamente el territorio. Ese año de 440 el rey Requila entra en Mérida⁷, acto inicial de una serie de campañas⁸ que convertirían a los suevos en los indiscutidos árbitros de la zona meridional hispana⁹. Lo más probable es que las actuaciones suevas estuviesen encaminadas a la obtención de botín antes que a dominar físicamente el territorio, a juzgar por la depredación a la que sometieron a la Carthaginensis y a la Bética tras el fracaso de la expedición de Vito del año 446¹⁰.

La sucesión de Requila por su hijo Requiario el año 448 no va a suponer un cambio en la política expansiva que los suevos vienen desarrollando desde hace casi una década. Hidacio recuerda, tras señalar la oposición a la ascensión de Requiario de parte de su familia, cómo el nuevo monarca suevo se dedica al pillaje de las «ulteriores regiones», apenas iniciado su reinado¹¹; la

⁵ Sid. Apol., *Carm.*, 7.435-436; Cf. M^aR. Valverde Castro, *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda: un proceso de cambio*, 53

⁶ Hid., *Chron.*, 163

⁷ Hid., *Chron.*, 119

⁸ Hid., *Chron.*, 121; 123; 134

⁹ P.C. Díaz Martínez, «La monarquía sueva en el siglo V. Aspectos políticos y prosopográficos», *Studia Historica. Historia Antigua*, 4-5, 1986-1987, 211

¹⁰ Hid., *Chron.*, 134

¹¹ Hid., *Chron.*, 137

impresión se completa con la afirmación de Hidacio de que el nuevo monarca suevo «inicia su reinado saqueando Vasconia»¹². Todas estas actuaciones ponen de relieve que el reino suevo se halla en una peculiar efervescencia, en un momento en el que sin haberse asentado definitivamente, pretende aprovechar la coyuntura favorable que le ofrece las diferencias en el gobierno de Rávena y la amenaza a la que Atila somete al Imperio para lograr un asentamiento exitoso. Es cierto que los suevos llevan cuarenta años en la Península Ibérica cuando Requiario accede al trono, pero en todo ese tiempo no han contando con un acuerdo de federación que legitime su situación. La movilidad de la *sede regia* —que acompaña al monarca y a su tesoro— entre Bracara y Mérida¹³ que se aprecia en estos momentos no indica otra cosa que una difusa territorialidad del asentamiento suevo y una búsqueda constante de un territorio más agradecido que las tierras de la remota Gallaecia.

La política expansiva de los suevos a partir de la quinta década del siglo V va a tener sus recompensas, aunque demasiado efímeras. Requiario reforzará su posición peninsular mediante el acuerdo matrimonial que lo ligará con la casa de Teodorico I el visigodo, al casar con una hija de éste¹⁴. Las ventajas que este matrimonio podía ofrecer a los dos monarcas germanos parecen claras. Desde la perspectiva visigoda la cercanía de los suevos a la corte de Tolosa, hemos de suponer que en una posición de relativa inferioridad a juzgar por el desarrollo posterior de los acontecimientos, reforzaba la posición de Teodorico ante el Imperio, mostrándose aún más como el eje imprescindible de cualquier actuación en la Península. Desde el punto de vista de Requiario y sus suevos contar con el apoyo gótico era una garantía de estabilidad de sus recientemente adquiridas nuevas posiciones en la Lusitania.

La actuación sueva durante el viaje que llevó a Requiario a la corte tolosana a conocer a su mujer, así como la devastación a la que sometió a la Tarraconensis en su regreso, no dejan de presentar aspectos confusos. El saqueo de Vasconia, con el que Requirio inicia su reinado según Hidacio, resulta una más de las actuaciones depredatorias que caracterizaron a los suevos desde su expansión meridional. Sin embargo, la alianza con Basilio, líder de la revuelta bagaúdica, unida con el ataque a la ciudad de Lérica y el saqueo de la

¹² Hid., *Chron.*, 140

¹³ P.C. Díaz Martínez, «El reino suevo de *Hispania* y su sede en *Bracara*», G. Ripoll y J.M. Gurt (eds.), *Sedes Regiae (ann. 400-800)*, Barcelona 2000, 404

¹⁴ Hid., *Chron.*, 140

región de Zaragoza¹⁵ sí que resulta sorprendente. Es obvio que desde la perspectiva sueva la Tarraconensis se mostraba como una presa deseable y que el ataque que los bagaudas de Basilio estaban realizando en la zona favorecía el éxito de los saqueos suevos. Sin embargo, la actuación de la bagauda atentaba no sólo contra los intereses de la rica aristocracia provincial, sino que también contra los de la corte de Tolosa. Si entendemos que la noticia que da Hidacio sobre el ataque de Basilio a Tarazona, derrotando a una guarnición de tropas federadas y tomando la iglesia del obispo León¹⁶, hace referencia a un destacamento gótico¹⁷ —que aunque pequeño sería la primera presencia permanente de soldados visigodos que tendríamos documentada desde el asentamiento aquitano de los godos—, la alianza de Requiario con los hombres de Basilio habría de entenderse como una amenaza para la corte de Teodorico I. La ausencia de actuación alguna, diplomática o militar, contra Requiario por parte del rey de Tolosa parece mostrar que las acciones del monarca suevo en la Tarraconensis no le resultaron especialmente molestas a Teodorico. Son varias las razones que pueden explicar esta situación. Por una parte, puede entenderse que las guarniciones góticas en la Tarraconensis, de existir, serían de escasa entidad —a juzgar por la facilidad con las que Basilio toma Tarazona—, relativamente recientes —nunca anteriores al inicio del estallido bagaúdico de 441— y no siempre presentes en todas las poblaciones de entidad de esta provincia romana. Es posible que esa fuese la situación de Ilerda cuando es saqueada por Basilio. Podría incluso plantearse, aunque lógicamente no pasa de una especulación sin apoyo documental, que el engaño al que se refiere Hidacio cuando comenta el saqueo de Lérida sea el presentarse los suevos como federados visigodos que acudían a reforzar la defensa de la ciudad, lo que facilitaría su ingreso en la misma y su actividad depredatoria. Por otra parte, la alianza entre Requiario y Basilio no debía resultar muy antigua. Pocos meses separan los saqueos de Vasconia por parte de los suevos al acudir a la corte de Tolosa, con las depredaciones del valle del Ebro al retornar a la Península. Apenas cinco meses entre febrero y julio. Este corto periodo transcurrido nos lleva a pensar en la imposibilidad de un acuerdo estratégico, cuyos objetivos se nos ocultan. Más probable parece que encontremos únicamente un pacto táctico encaminado a la obtención de botín

¹⁵ Hid., *Chron.*, 142

¹⁶ Hid., *Chron.*, 141

¹⁷ L.A. García Moreno, *Historia de España visigoda*, Madrid 1989, 59

y en el que los suevos no habrían atacado a las posiciones visigodas en la Tarraconensis —que estimamos pequeñas y poco numerosas—, lo que habría permitido a Requiario mantener incólume su pacto con Teodorico y explicaría la falta de actuación de este.

Las actuaciones ofensivas de los suevos surtieron efecto. Roma, agobiada por los efectos de la actuación de la bagauda y agotada por los esfuerzos llevados a cabo en los Campos Catalaúnicos, va a encontrar en la paz con los suevos una forma de estabilizar la situación en la Península Ibérica. Así, el *comes Hispaniarum* Mansueto y el conde Fronto son enviados ante los suevos el año 452 para establecer una paz duradera con los súbditos de Requiario¹⁸; dos años más tarde, Justiniano es enviado por el emperador Valentiniano III a reforzar el acuerdo de paz con los suevos, tras la muerte de Aecio¹⁹. Nada dice Hidacio del contenido de estos pactos. Sin embargo, existen numerosos indicios que nos permiten entender estos acuerdos como un reconocimiento por parte de Roma de la zona de influencia sueva. Jordanes, al narrarnos los inicios de la intervención gótica del año 456 nos dice que «los suevos estaban asentados anteriormente en Galicia y Lusitania, regiones que se extienden por el lado derecho de Hispania a lo largo de la costa del Océano y están limitadas al este por la Autrigonia, al oeste por el monumento dedicado al general romano Escipión situado en un promontorio, y al sur por Lusitania y el río Tajo»²⁰, excesiva precisión que Pablo Díaz Martínez considera que no puede ser casual, sino que reflejaría los términos del acuerdo, indicando los territorios reconocidos a los suevos²¹, impresión que se reforzaría con el testimonio de Hidacio al recordarnos que los suevos habían devuelto la provincia Carthaginensis a los romanos²². De este modo, el movimiento expansivo iniciado el año 440 habría desembocado apenas doce años más tarde en el reconocimiento por parte del Imperio de un territorio que «incluía todo el occidente peninsular, toda la Gallaecia diocleciana, incluido el *conuentus* cluniense, como indicaría la referencia a la primitiva *Autrigonia*, y toda la Lusitania, incluyendo probablemente el borde occidental de la Bética, pues

¹⁸ Hid., *Chron.*, 155

¹⁹ Hid., *Chron.*, 161

²⁰ Jord., *Get.*, XLIV, 230

²¹ P.C. Díaz Martínez, «El reino suevo de *Hispania* y su sede en *Bracara*», 405

²² Hid., *Chron.*, 168

Hispalis/Sevilla parece que continuó en manos suevas hasta el 458 en el que los godos de Cyrila entraron en la provincia»²³.

El acuerdo con Roma debió permitir un etapa de paz y de consolidación del reino suevo. Hidacio no registra ningún conflicto en la Gallaecia entre el año 449 y el 455, lo que en un observador tan atento a las peripecias de su tierra no puede entenderse de otro modo que como una ausencia completa de conflictos. La hábil política desarrollada durante diez años por Requila y Requiario, aprovechando las debilidades del Imperio y combinando con precisión la audacia militar con las conversaciones diplomáticas, permitió a los suevos dilatar los límites de su territorio y, lo que es más importante, obtener el reconocimiento como poder peninsular tanto de los romanos como de los godos. No es, pues, extraño que al repetirse una situación de inestabilidad en el trono de Rávena, como la que sucede al asesinato de Valentiniano III, los suevos pretendan reanudar una estrategia que tan buenos resultados les había proporcionado anteriormente.

No tardaron los suevos en intentar beneficiarse de un contexto político que parecía poco propicio a intervenciones decididas del poder romano en Hispania. Debe destacarse cómo la noticia del saqueo suevo de la Carthaginiensis —después de haberla restituido a los romanos, como nos recuerda Hidacio— aparece en el relato del obispo de Chaves entre tres noticias que no atañen al ámbito peninsular: el envío de embajadores por parte de Avito a Marciano²⁴, el regreso de Genserico a Carthago tras saquear Roma²⁵ y finalmente el acuerdo entre Avito y Marciano para repartirse el poder supremo en el Imperio romano²⁶. La impresión que se desprende del relato de Hidacio no es otra que la de una profunda inestabilidad, en la que ningún poder parece firmemente asentado y donde cada participante en esta delicada situación intenta sacar el mayor beneficio posible. Es pues perfectamente comprensible que sea en este momento cuando Requiario decida romper sus acuerdos con Roma, convencido quizás de que la inestabilidad del momento impedía cualquier actuación en su contra y que sus acciones le otorgarían una posición de superioridad en futuras negociaciones.

²³ P.C. Díaz Martínez, «El reino suevo de *Hispania* y su sede en *Bracara*», 405-406

²⁴ Hid., *Chron.*, 166

²⁵ Hid., *Chron.*, 167

²⁶ Hid., *Chron.*, 169

Por los vestigios que nos ha legado Hidacio no parece que la valoración de la situación de Requiario fuese equivocada. En efecto, una vez asentada la posición de Avito en Occidente, la iniciativa romana se encaminó a lograr un acuerdo pacífico con los suevos. Tanto el emperador Avito como su aliado, el visigodo Teodorico II, enviaron embajadas al monarca suevo recordándole las obligaciones incumplidas en virtud de los acuerdos anteriores²⁷.

El envío de esta doble embajada presenta algún problema. Nos preguntamos por qué se hizo necesario recurrir a esta duplicidad de legados, actuando como lo hacían ambos en nombre del emperador Avito. Dos posibilidades se presentan de forma inmediata: por una parte, es probable que el recurso argüido por ambos embajadores fuese diferente, mientras que Fronto, el enviado de Avito, pretendiese recordarle al rey suevo los acuerdos que años antes había firmado con Roma, el innominado enviado de Teodorico destacaría los vínculos personales que unían a Requiario con el monarca visigodo, señalándole las obligaciones de fidelidad que le ligaban con la corte de Tolosa y exigiéndole que respetase esos juramentos. No obstante, también es posible que las dos legaciones sean la manifestación de un alejamiento entre Avito y su aliado godo o, por lo menos, la plasmación de una cierta descoordinación de sus actuaciones. Esta segunda posibilidad se refuerza por la propia actuación del rey Requirio, quien no duda en jurar que respetará los acuerdos con Roma y Tolosa para, inmediatamente después, romper los juramentos y atacar la Tarraconensis. Es difícil entender la actuación sueva si no consideramos la posibilidad de que Requiario estimase improbable una acción decidida de godos y romanos contra su pueblo, creyendo que las dificultades de la política imperial y las desavenencias entre los socios impedirían cualquier actuación en la Península.

Los suevos habían vivido un proceso de transformación de una monarquía «nacional» en una monarquía territorial durante los reinados de Hermerico, Requila y Requiario²⁸, dilatando sus fronteras y obteniendo un cierto reconocimiento de las mismas por parte de los poderes de la época. Sin embargo, la aventura que inició Requiario el año 455 no parece que estuviese destinada a aumentar los dominios del reino suevo, sino más bien a la obtención de un rico botín que reforzase el papel del monarca y de sus nobles, aprovechando

²⁷ Hid., *Chron.*, 170

²⁸ P.C. Díaz Martínez, «La monarquía sueva en el siglo V. Aspectos políticos y prosopográficos», 213

una coyuntura que parecía propicia. La pendulante actuación de los suevos, atacando primero la Carthaginensis, volviendo a la Gallaecia, recibiendo a los embajadores romano y godo, prometiendo respetar los acuerdos para, acto seguido, depredar la Tarraconensis, no responde a ninguna campaña premeditada con claros objetivos, sino únicamente a una incorrecta valoración –a juzgar por los acontecimientos posteriores– de las circunstancias del momento. Que la actuación militar de godos o romanos era improbable se descubre en el último intento pacificador llevado a cabo por Teodorico II, quien parece todavía convencido de poder controlar a su cuñado mediante acuerdos diplomáticos, pues le envía una nueva embajada de paz mientras Requiario saquea la Tarraconensis²⁹. Que la expedición sueva no buscaba más que botín y no tierras se revela en el regreso triunfante de Requiario cargado de prisioneros de la «última provincia romana de Hispania», donde no ha intentado establecerse.

Sin embargo, Requiario no valoró correctamente la situación. La improbable actuación hispánica de godos y romanos se hizo realidad. En el verano del año 456, el rey Teodorico II va a reunir un gran ejército en la Galia y entrará con él en la Península. No conocemos ni el número de soldados que componían ese ejército ni cuál era su organización. Podemos suponer que al tratarse de una expedición encabezada directamente por el monarca visigodo, los distintos aristócratas propietarios de ejércitos privados se enrolarían en la comitiva real. Que los ejércitos privados eran una realidad en la sociedad gótica del siglo V se desprende de las palabras del propio Hidacio, quien nos cuenta cómo en el año 430 Aecio acabó con una tropa de godos encabezada por Anaolso, a quien trata de «optimate eorum»³⁰; no hay razones para dudar que esta situación continuaría veinticinco años más tarde. No obstante, la actuación de estos ejércitos privados se nos oculta, siendo imposible ir más allá de la especulación a la hora de valorar la iniciativa que llevaría a estos ejércitos a intervenir, siendo tan válida la posibilidad de la indicación real como desencadenante de la actuación, como suponer que es la iniciativa personal del magnate, al margen de los deseos reales, quien iniciaría la actividad bélica. En el caso concreto de la campaña del año 456 es obvio que fue el monarca Teodorico quien planea y organiza la expedición.

²⁹ Hid., *Chron.*, 172

³⁰ Hid., *Chron.*, 92

Queda, no obstante, la necesidad de valorar cómo se integraban los ejércitos privados en el ejército real. Es posible que la *millena*, copia de la nueva legión romana, se hiciese coincidir con los ejércitos privados de los *optimates*, siendo estos quienes encabezasen los distintos cuerpos del ejército godo, subordinados al monarca³¹. Sin embargo, esta integración en el ejército real no debía hacer desaparecer las diferencias entre las distintas unidades y entre los intereses de sus dirigentes. La actuación de parte del ejército godo en la Meseta en la primavera del año 457, en la que nos detendremos más adelante, deja traslucir que los fines particulares de los distintos señores góticos del ejército de Teodorico no siempre coincidían con los del monarca y, en última instancia, con los de la expedición. Es probable que el monarca suevo Requiario fuera consciente de las dificultades de armonizar a los distintos señores góticos para dirigirlos a una expedición contra él, no siendo descabellado suponer que el rey de los suevos contase con el apoyo de parte de la nobleza gótica y que confiase en él para frenar cualquier acción hostil de su cuñado contra su reino.

La expedición de Teodorico tendría un doble objetivo: por una parte, aspiraría a extender el área de influencia visigoda más allá de los Pirineos, poniendo fin al creciente expansionismo suevo; por otra, era evidente que la aventura prometía ofrecer un importante botín, basculando de uno a otro objetivo a medida que avanzaba la campaña y los acontecimientos más allá de la Península modificaron sustancialmente la situación, tras la muerte de Avito en 457³². En ningún momento se va a intentar ampliar la zona de asentamiento gótico de la Galia buscando tierras en Hispania. Ni el rey ni sus nobles dejan traslucir por sus actuaciones ningún interés por obtener el control directo del territorio suevo, siendo los estímulos de la aventura, como hemos señalado, variables entre la quiebra del poder suevo que parece impulsar al monarca godo y el afán de riquezas que ansian obtener buena parte de sus aristócratas.

Hidacio nada dice de la ruta que siguió este ejército al penetrar en la Península; únicamente señala que el 6 de octubre de 456 se hallaba a la orilla del río Órbigo, donde librará combate con las tropas de Requiario³³. No es difícil suponer que las fuerzas de Teodorico seguirían la ruta romana que

³¹ D. Pérez Sánchez, *El ejército en la sociedad visigoda*, Salamanca 1989, 62

³² L.A. García Moreno, *Historia de España visigoda*, 62

³³ Hid., *Chron.*, 173

unía las ciudades de Burdeos y Astorga³⁴, en una vía que posteriormente conoceremos como Camino de Santiago. No sabemos cuándo inició su andadura el ejército gótico, como tampoco cuántos hombres lo componían —Hidacio únicamente nos informa de que Teodorico II ingresó en Hispania «cum ingenti exercitu suo»³⁵, aunque lo debemos suponer de varios miles de hombres, probablemente el mayor contingente gótico en la Península Ibérica desde el establecimiento en la Galia en tiempos del rey Valia. Este importante movimiento de tropas debió por fuerza limitar el avance gótico. Hidacio nos indica que el ejército de Teodorico, tras vencer a los suevos de Requiario a las puertas de Astorga, llegó a Braga el 3 de las kalendas de noviembre³⁶ — 30 de octubre de 456—, lo que supone casi un mes para recorrer la distancia que separa la sede asturicense de la capital del reino suevo, llegando en diciembre a Oporto, donde capturará y dará muerte al rey de los suevos, Requiario³⁷. Se entiende fácilmente que estas últimas etapas, en persecución del monarca suevo, se desarrollarían a un ritmo de avance más elevado, tratando de evitar cualquier reorganización de los derrotados suevos. Estas precisiones cronológicas que ofrece Hidacio nos permiten aventurar un calendario de la intervención gótica en la Península, que debió arrancar en la Galia a finales de julio o principios de agosto del año 456. Es probable que el ejército visigodo hiciese alguna pausa en las ciudades de la Tarraconensis, a fin de valorar el efecto de los saqueos suevos de la primavera anterior y de asegurar las pequeñas guarniciones góticas de la que dispondrían algunas ciudades del valle del Ebro desde la expansión bagauda del año 441.

En el siglo XII, Aymeric Picaud en su *Codex Calixtinus* ofrece un itinerario entre el Pirineo y Santiago de Compostela, siguiendo la ruta que debió utilizar el ejército de Teodorico II, que en apenas trece jornadas llevaba desde las montañas de Navarra a los pies del apóstol, nueve etapas si únicamente esperamos llegar a las puertas de Astorga. Obviamente, el camino se realizaba en montura y, aún hoy, sorprende el apresuramiento de Picaud. El ejército gótico no lo formaban únicamente hombres de caballería, sino que también la infantería representaba un importante contingente del total de la armada. Es, pues, forzoso admitir que la marcha de la expedición gótica debía realizarse siguiendo el ritmo de sus hombres más lentos, esto es, de sus infantes, por lo

³⁴ L.A. García Moreno, *Historia de España visigoda*, 62

³⁵ Hid., *Chron.*, 173

³⁶ Hid., *Chron.*, 174

³⁷ Hid., *Chron.*, 178

que no es aventurado suponer que en recorrer la distancia entre el Pirineo y Astorga, mayor que la que separa esta ciudad de Braga y Oporto, las armas de Teodorico debieron emplear un lapso de tiempo superior a los dos meses que separan la llegada de los godos a Astorga de la captura y muerte de Requiario en Oporto, lo que nos lleva a deducir que Teodorico y sus hombres debieron emplear los meses de agosto y septiembre de 456 en atravesar las tierras de la Meseta hasta las puertas de la Maragatería.

El 6 de octubre de 456 ambos ejércitos, el suevo y el gótico, se encontraron a escasas doce millas de la ciudad de Astorga, a orillas del río Órbigo. Nuevamente, nuestra principal fuente, Hidacio, calla a la hora de ofrecernos detalles del enfrentamiento. Sólo una indicación sobre el desenlace del combate, la infinidad de muertos y prisioneros suevos³⁸. Llama la atención el escaso quebranto que parecen sufrir las tropas de Teodorico, máxime si entendemos que el ejército que le enfrentó Requiario no era inferior en número al suyo —«cum multitudine Suevorum» anunciará Hidacio la llegada de Requiario a orillas del Órbigo—³⁹, y la rapidez de la persecución del herido monarca suevo por todo su reino, no hace sino reforzar la impresión de que el éxito gótico fue total, lo que pone de manifiesto la superioridad táctica de las armas de Teodorico, probablemente adquirida en los relativamente recientes enfrentamientos con los hunos de Atila.

Requiario, que había resultado herido en el transcurso de la batalla, trató de ocultarse en el interior de la Gallaecia. Las armas de Teodorico, con una rapidez inusitada, iniciaron la persecución del derrotado monarca suevo. Apenas veinticinco días después del éxito en Astorga, los soldados de Teodorico se encontraron a las puertas de Braga, la sede del reino suevo. Hidacio señala que Requiario se retiró «ad extremas sedes Gallaeciae»⁴⁰, expresión que debemos entender como Bracara a juzgar por dos aspectos fundamentales: primeramente, por la propia dirección que toma el ejército visigodo, afanado como estaba en acabar con el monarca suevo para resolver, según el mecanismo de etnogénesis propio de los pueblos germanos, el problema generado por su pueblo. Por otra parte, Hidacio se refiere inmediatamente a Bracara como «extremam ciuitatem Gallaeciae»⁴¹, siendo posible que la utilización de la expresión sede por parte del obispo de Chaves sea semejante a

³⁸ Hid., *Chron.*, 173

³⁹ Hid., *Chron.*, 173

⁴⁰ Hid., *Chron.*, 173

⁴¹ Hid., *Chron.*, 174

la forma en la que es usada por autores como Gregorio de Tours o Paulo Diacono, esto es, «con el significado de trono, o mejor de capital, de sede regia»⁴².

La derrota sueva del Órbigo fue total, pues los suevos fueron incapaces de ofrecer resistencia en la ciudad, como tampoco consta que la presentaran en Oporto, último refugio al que se dirigió el acosado Requiario. Hidacio presenta un cuadro aterrador del saqueo gótico de Braga, aun reconociendo su carácter incruento, «no por eso menos triste y lamentable»⁴³. Cautividad de romanos, ataques a las basílicas y a sus altares, violaciones de vírgenes, clérigos despojados de sus ropas, los templos ocupados por las bestias, tal es la descripción que un compungido Hidacio ofrece de la actuación gótica.

Sin embargo, el objetivo de Teodorico II de hacerse con su enemigo fracasó, pues Requiario consiguió huir a la ciudad de Portucale⁴⁴. La persecución, no obstante, fue implacable y los hombres de Teodorico consiguieron capturar al prófugo en su último refugio. Con esta captura, Hidacio considera terminado el reino suevo, «regnum destructum et finitum est Suevorum»⁴⁵. Esta afirmación sólo es comprensible desde la perspectiva de los procesos de etnogénesis característicos de los pueblos germanos. El mecanismo de aparición y desaparición de pueblos enteros tras un revés militar puesto de manifiesto por Wenskus⁴⁶, encuentra en el caso suevo una aplicación paradigmática. La derrota de Requiario supuso la destrucción de los vínculos que unían a los suevos —entre los que sin duda se encontraban miembros de otras etnias— con la familia regia que había dirigido sus destinos durante décadas. La desaparición física del propio Requiario⁴⁷ dejará el camino expedito para iniciar un nuevo proceso de etnogénesis, esta vez en torno a un cliente de Teodorico II, el varno Agiulfo.

La designación de Agiulfo por parte de Teodorico como aglutinador de un nuevo proceso de etnogénesis es, quizás, la plasmación más clara de la influencia que Teodorico deseaba obtener en Hispania. La elección de un var-

⁴² P.C. Díaz Martínez, «El reino suevo de Hispania y su sede en Bracara», 407

⁴³ Hid., *Chron.*, 174

⁴⁴ Hid., *Chron.*, 175

⁴⁵ Hid., *Chron.*, 175

⁴⁶ R. Wenskus, *Stammesbildung und Verfassung: Das Werden der Frühmittelalterlicher Gentes*, Colonia-Viena 1961

⁴⁷ Hid., *Chron.*, 178

no, muy alejado de la nobleza de sangre goda en palabras de Jordanes⁴⁸, puede interpretarse desde dos puntos de vista. Es probable que ese origen extraño a la nobleza gótica que presenta Jordanes sólo responda al interés propagandístico de evitar mostrar la traición de un godo. Sin embargo, es digno de tenerse en consideración la posibilidad de que entre el contingente suevo se hallase un importante número de varnos, lo que explicaría la elección de Teodorico en un intento de favorecer el proceso aglutinador alrededor de su cliente Agiulfo⁴⁹.

Debe abandonarse la idea de que la expedición gótica del 456/457 tenía por objeto la ampliación de las áreas de asentamiento gótico. Ninguna de las actuaciones de los godos durante la misma permite plantear de manera solvente la hipótesis de un primer asentamiento masivo de los godos en España tras la derrota sueva de 456. Antes bien, la imagen que se desprende de las fuentes es que en el ánimo de Teodorico únicamente estaba la de asegurar una influencia duradera de la corte de Tolosa en los asuntos hispanos, pero nunca mediante la ocupación directa del territorio. El fallido intento de organizar el reino suevo en torno a Agiulfo es la primera muestra de esta política de control difuso, pero no es la única.

La ausencia de interés por un control directo del territorio se observa en el rápido paso de Teodorico a Lusitania, en dirección a Emérita Augusta. En diciembre de 456, Teodorico, al frente de la mayor parte de su ejército⁵⁰, se dirige hacia la capital de la Lusitania. El interés del godo por Emérita Augusta está directamente relacionado con el importante peso que esta ciudad había adquirido en la monarquía sueva, convirtiéndose en el otro gran centro

⁴⁸ Jord., *Get.*, XLIV, 233

⁴⁹ L.A. García Moreno, *Historia de España visigoda*, 62

⁵⁰ La actuación del propio Agiulfo traicionando a su señor Teodorico e intentado afianzarse como rey suevo desligado de cualquier vínculo con Tolosa, indica que el monarca godo debió llevar consigo a la mayor parte de su ejército y que los hombres que acompañaron a Agiulfo en la Gallaecia mantendrían un vínculo especial con Agiulfo, probablemente miembros de su propia comitiva. El destino de Agiulfo fue similar al de Requiario, refugiándose en Portucale y muriendo en junio de 457 –Hid., *Chron.*, 187–, dando paso a un enfrentamiento entre los suevos de Maldras y Frantano –Hid., *Chron.*, 188–. En ningún momento parece que existiese fuerza goda alguna capaz de imponer la autoridad del monarca de Tolosa en la Península y cuando nuevamente hallamos una intervención gótica decidida, las expediciones de Cyrila y Suerico –Hid., *Chron.*, 192-193– procede invariablemente de más allá de los Pirineos.

de poder económico y político del reino tras Bracara⁵¹. Sin embargo, la actuación goda en la capital de la Lusitania va a ser bien distinta de la desarrollada en Braga. En efecto, Hidacio nos confirma cómo la intención depredadora de Teodorico al llegar a la ciudad se vio reprimida, «quedando aterrizado por los prodigios de la santa mártir Eulalia»⁵². Son numerosas las lecturas que pueden hacerse de este pasaje de Hidacio. Por una parte, parece obvio que la posibilidad de saquear la ciudad donde uno va a hibernar no es la mejor estrategia. Sin embargo, no puede descartarse que el favor de la aristocracia emeritense cotizase más en el ánimo de Teodorico que las posibilidades de botín. El desarrollo de los acontecimientos posteriores a la marcha de los godos de Mérida indica que la postura de Teodorico de sacrificar el botín lusitano no debió de contar con las simpatías de la mayor parte del ejército godo. Es posible que en la mente de Teodorico estuviese el garantizar el apoyo de la poderosa aristocracia emeritense a su defendido Avito o, incluso, que buscase trabar una alianza que permitiera extender la influencia tolosana a orillas del Guadiana. No obstante, la afirmación de Hidacio sobre el terror de Teodorico ante la santa mártir Eulalia nos lleva a sospechar que la decisión no estuvo exenta de tensiones y que el rey godo arribó a Mérida sin una política realmente clara.

La posición gótica en el Guadiana durante el invierno de 457 puede que favoreciese la preparación de una expedición por la Bética para la primavera, buscando terminar con los focos de poder suevo en aquella provincia⁵³; sin embargo, las noticias que le llegaron a Teodorico desde Italia forzaron su rápida marcha nuevamente hacia las Galias. La deposición y muerte de Avito obligaba al monarca godo a retornar a sus dominios, a fin de apuntalar su posición en el cambiante escenario que domina el Imperio.

El 31 de marzo de 457 abandonarán los godos la capital de la Lusitania. El descontento generado en las expectativas de numerosos miembros de la aristocracia goda, obligará al rey Teodorico a permitir que parte de su ejército, encabezado por sus señores, saqueara varias poblaciones de la meseta. Asturica, Palantia y el Castrum Coviacense se encontrarán con los restos del ejército visigodo que saqueará inmisericorde las poblaciones, librándose

⁵¹ M^oR. Valverde Castro, *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda: un proceso de cambio*, 56

⁵² Híd., *Chron.*, 182

⁵³ L.A. García Moreno, *Historia de España visigoda*, 62

únicamente la última de estas de la depredación, tras un asedio en el que los godos llevaron la peor parte⁵⁴.

La identificación de estas poblaciones ha presentado algunos problemas. Es obvio que Asturica no presenta dificultad de ubicación, correspondiendo con la actual Astorga. El Castrum Coviacense, situado en el trigésimo millario a partir de Astorga, debe corresponder con la población de Valencia de Don Juan; sin embargo, la identificación de la *Palentina ciuitas* de la que habla Hidacio sí que se ha presentado compleja. La pertenencia de las otras dos poblaciones citadas por Hidacio a la provincia Gallaecia y, por tanto, dentro de la órbita de influencia del reino suevo, ha llevado a algunos autores a suponer que la cita del obispo de Chaves no se corresponde con la Palencia actual, enclavada en la provincia Carthaginensis, sino que debe identificarse con la Antia, Palantia o Peralantia de los itinerarios⁵⁵. El argumento se basa en la incoherencia de atacar una población, Palencia, ya saqueada por los suevos en 455, perteneciente a una provincia distinta de las otras dos y alejada del territorio suevo; además, se destaca la ilógica de atacar un territorio de los aliados de los godos, recordando que estos habían venido a luchar contra los suevos. No obstante, la particularidad de la acción gótica en estos saqueos hace que la apelación a consideraciones de conveniencia estratégica resulte poco solvente. En efecto, los visigodos que saquean estas poblaciones no son el grueso del ejército godo, sino únicamente los seguidores de los señores más descontentos con el resultado general de la expedición, probablemente insatisfechos por no haber podido saquear Mérida. Por otra parte, el recuerdo que hace Hidacio del carácter falso de los visigodos, que habían entrado en nombre de Roma, con el falso pretexto de la expedición contra los suevos, reduce enormemente el valor de la apelación al carácter de aliados que pudiesen tener al comienzo de la misma las poblaciones de la Carthaginensis con los invasores visigodos. Y esto por dos motivos: primeramente, porque los intereses que pudiese tener Teodorico al iniciar su expedición en 456 se habían transformado sustancialmente tras la deposición de Avito y, por otra parte, los restos del ejército godo que actuaba en la meseta septentrional no estaban inspirados por las consideraciones estratégicas que pudiesen animar al monarca visigodo, sino que buscaban satisfacer sus ansias de botín, al que

⁵⁴ Hid., *Chron.*, 186

⁵⁵ J. Mangas y J.M. Solana, *Romanización y germanización de la meseta norte*, Valladolid 1985, 107

consideraban tenían derecho y que constituía su principal estímulo al iniciar la aventura peninsular. Por tanto, pensamos que la tradicional identificación entre la *Palentina civitas* y la actual Palencia no tiene porque desecharse. El saqueo de Astorga es también un claro indicador de que los objetivos de estas comitivas armadas no se correspondían con los intereses que auspiciaron en un primer momento la expedición, pues resulta inexplicable si no entender por qué esperar al retorno para saquear Astorga cuando se hallaba indefensa tras la derrota del ejército suevo —no olvidemos que la batalla del Órbigo se desarrolló apenas a doce millas de la ciudad de Astorga—.

Más importante para los intereses del presente trabajo es determinar qué grado de presencia gótica quedó en la Península tras la magna expedición gótica de los años 456 y 457. R. Collins considera que data de este momento el primer asentamiento estable de una guarnición gótica en Mérida⁵⁶. Para ello se apoya en el testimonio de Hidacio sobre la presencia gótica en esta ciudad en el invierno de 457. Sin poder descartar tajantemente la posibilidad de una presencia visigoda continuada a orillas del Guadiana, pensamos que el relato de Hidacio no autoriza a suponerla, debiendo esperar al reinado de Eurico para constatarla sin género de dudas. En cualquier caso, esta guarnición gótica en Mérida no debe considerarse diferente en cuanto a sus características de los pequeños destacamentos de godos que hemos encontrado en la Tarraconensis, esto es, un número reducido de soldados con mandos de escasa relevancia —al menos no han dejado ninguna constancia de su identidad, lo que puede entenderse como muestra de su escaso peso en la aristocracia gótica—, que no alteró ni el estado del asentamiento germánico en la Galia, ni supuso tampoco una influencia gótica en el territorio donde se asentaban. La guarnición gótica en Mérida supondría considerar que Teodorico disponía de

⁵⁶ R. Collins, «Mérida and Toledo: 550-585», E. James (ed.), *Visigothic Spain: New approaches*, Oxford 1980, 200. García Moreno no comparte tal opinión, pues considera poco probable que Mérida se encontrase bajo dominio visigodo tras la salida de Teodorico de la ciudad, L.A. García Moreno, «Mérida y el reino visigodo de Tolosa (418-507)», *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid 1982, 231. A.J. Domínguez Monedero, por su parte, considera que la presencia estable de los godos en la Península Ibérica data de fechas anteriores, concretamente considera que esta ya existe desde el año 421 en torno a Sevilla. A.J. Domínguez Monedero, «La *Chronica Caesaraugustana* y la presunta penetración popular visigoda en Hispania», *Los visigodos. Historia y civilización*, Murcia 1986, 62. Sinceramente, nosotros no encontramos en qué puede basarse tal afirmación.

un plan estratégico de largo alcance para afianzar el control godo sobre la Península, lo que no parece casar con lo que se desprende de las fuentes. Supondría que Teodorico habría dejado guarniciones también en las plazas tomadas, en concreto en Astorga, Braga u Oporto, lo que no parece corresponderse con la política de renacimiento del reino suevo en torno a Agiulfo y menos todavía con la libertad de saqueo que otorgó el monarca godo a los restos de su ejército que permanecieron en Hispania tras su precipitado regreso a Tolosa. Por tanto, debemos considerar que estas guarniciones góticas, de haberlas, no suponían una transformación en las intenciones del monarca godo por ocupar Hispania, sino, en todo caso, un refuerzo –y es probable que no fuese étnicamente godo– a la posición que Agiulfo empezaba a jugar entre los suevos. El fracaso que supuso el intento de organizar los restos del reino suevo en torno al varno no hace más que incidir en la escasez de la presencia gótica en Hispania tras el regreso de Teodorico. Si Agiulfo no pudo contar con apoyos godos para sostener su poder –incluso si como se sospecha intentó reforzar su posición personal, rompiendo con Teodorico⁵⁷– no podemos sostener la presencia de importantes contingentes militares en tierras suevas y si no las había en Braga o en Oporto, en el núcleo del territorio suevo, difícilmente las encontraríamos a orillas del Guadiana.

RESUMEN

«Regnum destructum et finitum est suevorum», con estas palabras Hidaicio resume el resultado del enfrentamiento entre godos y suevos en el otoño de 456. La expedición gótica del año 456/457 fue la más importante de las desarrolladas por los visigodos en la Península Ibérica desde su asentamiento en la Galia. Sin embargo, sus objetivos fueron limitados, fuertemente ligados a la política imperial, y no supuso un intento de expansión y ocupación del territorio peninsular por parte de los godos de Teodorico II.

⁵⁷ Jord., *Get.*, XLIV, 233

ABSTRACT

«Regnum destructum et finitum est suevorum» are the words Hydace used to show the results of the Gothic expedition against Suevian kingdom from autumn 456 to spring 457. This campaign, the most important of Gothic expeditions in Hispania from Gothic settlement in Gallia in 422, had short objectives and it wasn't the beginning of gothic settlement in Iberian Peninsula.